

## SIN TIEMPO

“Por fin quietas las saetas del reloj. Llevo más de tres lustros soportándolas, como si fueran mudas centinelas de mi prisión.

Las malas lenguas habrán enmudecido cuando hayan visto su esquela en la plaza y en las calles adyacentes. Se terminaron los chismorreos y las chanzas a mi costa. “Pobre Paco –solían decir-, tiene que buscar fuera el calor que le falta en el hogar”. Muchas noches esperé su regreso luciendo fina lencería como una gata en celo, pero él no estaba por la labor. Había descargado la tinta de su pluma en otro papel.

Me siento como si me hubieran quitado un gran peso de encima. Sin embargo, cuando me acuesto, la sangre me hierve. Le he quitado las pilas al despertador, su luz tenue aumenta mi desvelo. “

Cuando apenas habían transcurrido unos meses del deceso, Doña María se trasladó a vivir a Madrid. Por el pueblo se comentaba que llevaba una vida un tanto licenciosa. Murió sin descendencia con ciento tres años recién cumplidos. El pueblo le había rendido un espléndido homenaje al cumplir los cien. La jugosa herencia, tras varios fallos judiciales, pasó a su sobrino nieto, el alcalde, quien desde hacía tiempo se había hecho cargo de la hacienda de su familiar.